

Marca 14 abril 1971

TEATRO

126

LOS ESTRENOS DEL DOMINGO DE RESURRECCION

«El círculo de tiza caucásiano», en el María Guerrero

La cabecera de los estrenos de la jornada estuvo, indudablemente, en el María Guerrero en donde se estrenó un Brecht «in excelsis». En la trilogía cumbre de Brecht, compuesta por «El círculo de tiza caucásiano», «Madre Coraje» y «La buena persona de Sezuán», quizás sea la primera la más equilibrada y reveladora. En el procedimiento épico de Brecht está integro el legado del teatro chino no es sólo ambiental, sino resolutivo en el desarrollo verbal; la expresión dialéctica es muy frecuente, casi omnipresente en el texto y en las canciones; el aislamiento del espectador está presente, pero mitigado, vencido en los momentos cumbres por una sólida emoción humana, que en el estreno del María de la versión del María Guerrero —una impecable, rica, fiel versión de Pedro León Entralgo— una interpretación admirable rescata desde lo que habíamos visto en veladas «amateurs».

Este carácter templea el esquelito didáctico de la obra de Brecht que, como la mayor parte, por no decir la totalidad, de su teatro, es un «ejemplo», no moralidad determinada. En «El círculo de tiza» el plano realista de la disputa entre los dos koljoses que abre el camino al resto, se determina precisamente por este carácter. La conducción y resolución escenográfica de la obra (lo mismo en el María Guerrero que en la autorizada matriz del Berlín. Ensemble) subraya el mismo trazo. El hilo quedará en poder de quien no es la madre, pero ha hecho mejor madre en la prueba. La tierra, el valle polémico queda para el koljose que lo aprovechará mejor. La disputa salomónica de las madres que se disputan el hijo tiene una confirmación y, al cabo, una precisión más racional que tradicional. La tradición determina que la madre de la sangre sea la poseedora del afecto auténtico, pero la razón dice que esto no puede ser así cuando —y aquí de la dialéctica— la madre auténtica vive en la artificialidad inhumana de la clase elevada. Es la campesina Crucha la que posee sentimientos, porque no tiene otra cosa. Por otra parte, no es el juez habitual quien hace mejor justicia. El juez habitual es un producto del «establishment» que reine. «Un día todos sabemos hacer justicia. Tan bien como el rey hebreo — el hijo Sancho, el escudero — o el villano Pedro Crespo», escribió León Felipe. O este otro bohemio campesino que es Azdak en la obra de Brecht.

Estas dos ocasiones que se imbrican al final en el juicio, la de Crucha y la de Azdak, son el eje patético de la obra envueltas en la magnífica ocasión dialéctica que ofrece al autor una revuelta social, pues le permite un corte vertical en la dinámica y la estética sociales. Menos patética que «Madre Coraje», menos ideológica que «Galileo Galilei», menos resaca que «La buena persona de Sezuán». El círculo de tiza, obra en cierto modo definitiva, tanto en la obra como en la cronología de Brecht, muestra una culminación de valor teatral conseguida con muy simples y precisos elementos y dotada además de una humanidad de madurez. Una gran obra, representada en una inteligentísima visión directiva de lo que es no sólo la obra, sino la movilidad de la ortodoxia teatral brechtiana. Por que Brecht no se ha librado de los inmovilismos escolásticos, según es sabido y de los más agudos dogmatismos y puritanismos. Y no, Brecht estará mejor entendido cuanto más hondamente pueda llevar su obra a los auditorios según el tiempo.

El mérito de la interpretación directiva y de la calidad de los intérpretes dio lugar al prodigioso espectáculo que ofrecieron la actuación de María Fernanda d'Ocón y de José Bódalo. No pueden estar mejor una gran actriz, valor auténtico, seguro, actual de la escena española y un gran primer actor como Bódalo, cuya natural excelencia determina no extrañar que nos entregue una cumbre cotidiana. Pasar del don Juan Manuel Montenegro valencianesco a este Azdak de Brecht sería una prueba decisiva, si precisa fuese. Con mi emocionada admiración a ambos, he de destacar inmediatamente la gran labor de sus compañeros

en un reparto de primerísimo orden, con Gabriel Llopert, Arturo López, Margarita García Ortega, José Luis Heredia, Félix Dafauce, Luis García Ortega, Julia Trujillo, Ana María Ventura y tantos y tantos más en las docenas y docenas de personajes de la obra, decorada por Burman con toque magistral y resuelta en su parte musical con el esquematismo preciso, impastado con el tono de la acción, que ha dispuesto y ejecutado Pedro Luis Domingo. Extraordinaria la puesta general en escena, que comprendió todo con una perfección práctica y

que debe hacer caer el juicio más laudatorio sobre José Luis Alonso, capaz de superarse en cada nueva creación de su talento de director inteligente, flexible, incisivo. En el estreno hubo ovaciones largas para todos, y los intérpretes, con el director y el autor de la versión, saludaron repetidas veces. Pocas me parecieron y, cuando tantas veces se sucede en los estrenos lo contrario, pienso que esta vez el público se quedó corto, pues el triunfo y valor de lo que se sirvió en «El círculo de tiza caucásiano» fueron rotundos.

VALENCIA